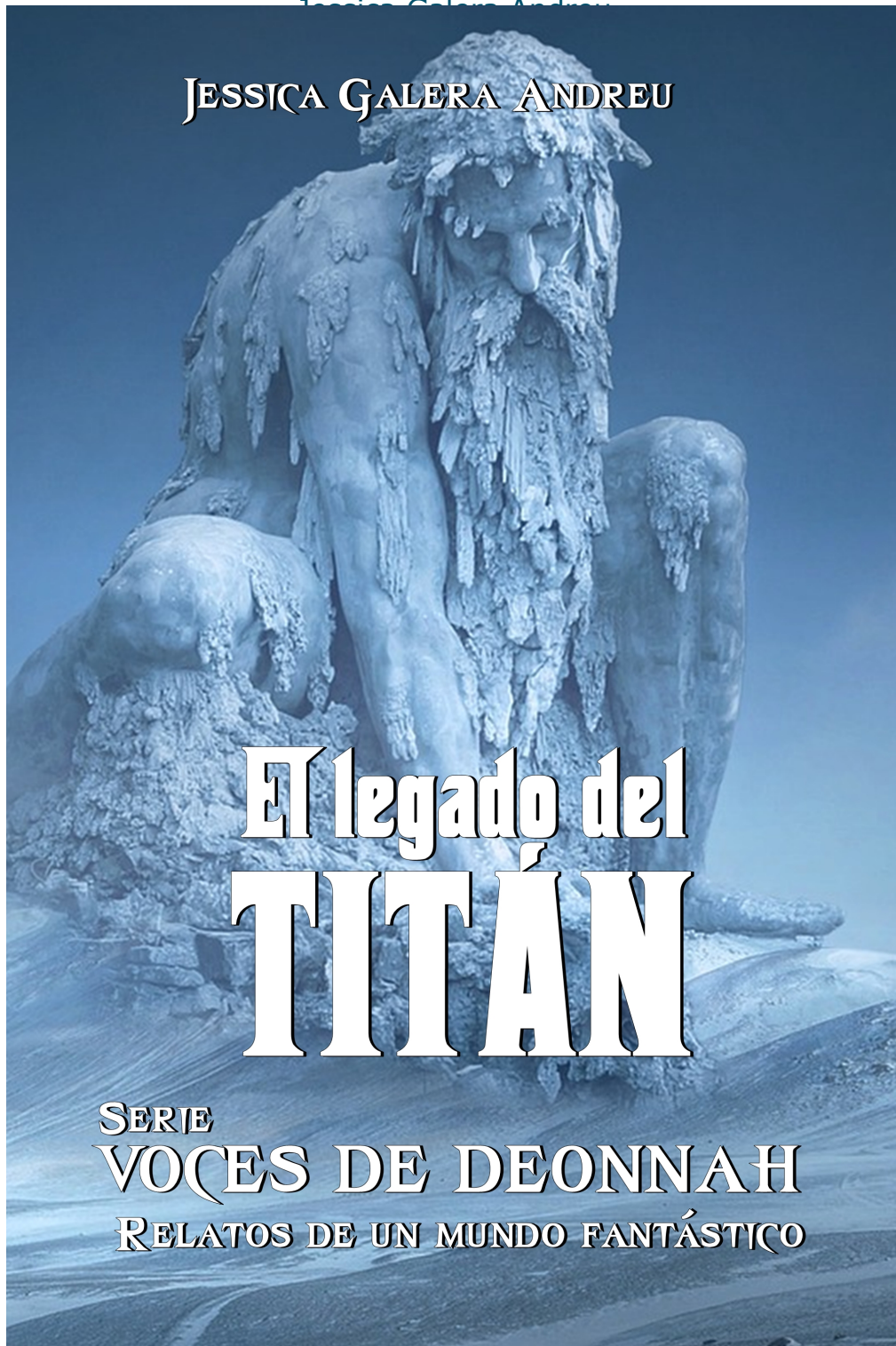


El Legado del Titán (Voces de Deonna 1: Relatos de un mundo fantástico)



Capítulo 1

1. El encargo

Mientras esperaba, paseó la mirada a través de aquella lúgubre estancia. No era la primera vez que estaba en aquel lugar, ni siquiera la segunda ni la tercera. Pero la costumbre no había logrado nunca sacudirle de encima la inquietud que le acariciaba cada vez que se encontraba allí. Las telarañas cubrían la enorme lámpara que colgaba de los altos techos. Korbian solía pensar que en algún momento debió de ser elegante y refinada; incluso, hermosa. U ostentosa tal vez.

Caminó despacio, tratando de ignorar el crujido que sus recias botas generaban en los viejos tablones de madera del suelo. Acercarse a la única ventana que había allí le permitió tomar una bocanada del aire frío y húmedo de la noche, espantando momentáneamente la sensación asfixiante que lo atenazaba. La negrura era total a su alrededor y a los pies de la torre, las copas de los árboles se mecían, sacudidas por el viento. Una ráfaga helada cruzó frente a él, sacudiéndole el pelo. Se llevó la mano a la mejilla al percibir algo afilado rasgándole y sonrió ante el hilillo de sangre que le brotaba desde un pequeño corte. Se volvió, con calma, consciente de la presencia que le había originado aquello.

–Cazador... –murmuró la voz áspera de la bruja.

–Aynissa... –la saludó él.

–¿Lo has traído?

–Para eso estoy aquí.

La mujer se acercó despacio hasta el enorme bulto que había sobre la mesa, cubierto con una sucia sábana. Sonrió mientras parloteaba por lo bajo y le dedicaba fugaces miradas a Korbian, que se mantenía inmóvil, junto a la ventana.

Aynissa era una mujer pequeña, de apenas un metro y medio, pero pocos, por no decir nadie, dudaba de la grandeza de sus poderes, temidos a lo largo y ancho de toda la región. La estirpe de brujas estaba en decadencia, como muchas otras de las especies mágicas de aquel mundo, pero aunque así fuera, meterse en problemas con ellas podía ser tan poco recomendable como provechoso colmarlas de favores.

Apartó la sábana con sus manos arrugadas y temblorosas, y sus ojillos

pequeños brillaron cuando lo tuvo frente a sí.

–Licántropo... –musitó.

Acarició el denso pelaje de aquel extraño lobo de grandes dimensiones que se tendía sobre su mesa. Unos enormes colmillos ensangrentados asomaban desde su boca entreabierta y sus ojos, de un amarillo desvaído se fijaban en la nada. Aynissa le abrió más la boca, hurgando con sus dedos, y la observó con atención.

–Te ha mordido –apuntó.

–No es nada.

–Si no lo tratas –respondió la bruja, acercándose más a él– en pocas horas serás uno de ellos. Lo sabes bien, Korbian.

–Lo sé y tengo recursos para ello, bruja.

Los finos labios de la mujer se curvaron en una sonrisa que desprendía de todo menos amabilidad. Con un gesto de su cabeza, se apartó las greñas grises y enredadas que le caían sobre la frente y caminó de forma costosa hasta acercarse aún más a Korbian. Su mano sostenía una pequeña bolsita de contenido tintineante que él aceptó de buen grado.

–Ahí tienes lo acordado –sentenció.

–Siempre es un placer hacer negocios contigo.

–Lo imagino.... Y ahora lárgate.

Korbian se ajustó la capa y saludó a Aynissa con la cabeza mientras cruzaba la sala, en dirección a la salida.

Mientras su oscuro corcel avanzaba plantándole cara al viento que soplaba desde las lejanas cumbres, Korbian había contado las monedas hasta en tres ocasiones. Su eficacia como cazador de bestias estaba tan probada como la honestidad de Aynissa al pagarle, pero eso no había sido siempre así y en sus primeros tratos, la bruja solía tomarle el pelo con recompensas poco apetecibles.

Korbian guardó la bolsita en su camisa y buscó en las alforjas del caballo una ampolla de color transparente con apenas un poco de líquido en su interior. Arrancó el tapón que la mantenía cerrada de un mordisco y sorbió de un solo trago el agrio contenido. Cerró los ojos y ahogó un quejido. Su sabor era repugnante pero su eficacia estaba más que comprobada, y aquella sería la única manera de no acabar convertido en un licántropo después de haber recibido la mordedura de uno durante su última cacería. Sintió la garganta ardiendo y casi podía notar el líquido resbalándole a través del esófago pero cerró los ojos, aliviado al saberse a salvo de una posible transformación.

A medida que se acercaba a la aldea, dejando atrás el sombrío bosque, el ánimo se avivaba nuevamente en su interior. Estaba cansado y somnoliento pero en su bolsillo disponía de las suficientes monedas de oro como para darse un buen homenaje en la mejor taberna de la aldea.

Azuzó al caballo y en pocos minutos hubo llegado, por fin, a las callejas de Engard. Eran angostas y oscuras, y el viento se colaba, juguetón, entre ellas, levantando silbidos en la noche profunda; unos silbidos que quedaron ahogados con las risotadas estridentes que se alzaron al llegar a la taberna. Empujó la puerta y el calor lo abrazó, dándole la bienvenida. Su llegada no pasó inadvertida para todos, pues muchos eran los que recelaban de él en la aldea. Otros, estaban demasiado borrachos para reparar en su aparición. Pero ajeno a la indiferencia y a la desconfianza generada por él mismo, Korbian tomó asiento en la barra y le pidió al tabernero un vaso de su mejor licor. Su sabor eliminó rápidamente el agrio gusto que le había dejado la poción contra los licántropos, y en pocos minutos, tras un par de vasos más, notó sus mejillas encendidas y todo su cuerpo acalorado.

Cuando se disponía a gastar las últimas monedas, algo en su cabeza le hizo detenerse; un pensamiento que solía torturarlo cada vez que anidaba en su mente, más frecuentemente de lo que le agradaría. O quizás no. Un nombre: Dryan. Antes de que pudiera empezar a torturarse con él, no obstante, unas manos lo agarraron, arrastrándolo con fuerza. Trató de revolverse, y su puño cerrado llegó a impactar con algo o alguien que le devolvió el golpe. Mareado y aturdido, ya no fue capaz de seguir luchando.

El impacto de su cabeza contra la pared nubló aún más sus sentidos. Percibía el frío en su piel y pese a todo, tuvo claro que estaba fuera de la taberna y que quien quiera que hubiera sido el que lo había llevado hasta allí, aún seguía sujetándolo. Logró alzar la cabeza y apenas fue capaz de distinguir nada más que bultos negros moviéndose en las sombras; dos de ellos lo mantenían sujeto contra la pared, mientras que un tercero permanecía frente a él.

–¿Tú eres el cazador? –preguntó una voz grave.

–Eso depende de quién seas tú –respondió él.

Alzó la cabeza, gritando, invadido por un dolor cuyo origen no supo situar.

–No tengo demasiado tiempo, así que seré directo –volvió a decir la voz, mientras la sombra de su oscuro propietario, se acercaba más a él, acrecentando en Korbian la sensación de frío–. Francamente esperaba encontrar a alguien más... digno y no un borracho arrastrándose por las tabernas de esta aldea inmunda, pero si lo que cuentan sobre ti es cierto, supongo que esto es algo que puede pasarse por alto. Tengo un encargo para ti.

–Pues no estás haciendo demasiado para ganarte mi favor y...

Volvió a interrumpirse cuando de nuevo aquel dolor agudo que le nacía en lo más profundo de las entrañas, sin que nadie le hubiera puesto una mano encima, le castigó.

–Quiero las lágrimas de un titán.

Korbian abrió los ojos y percibió un sudor frío resbalándole por el rostro.

–Las lágrimas... de un... –logró musitar.

–De un titán. En las manos adecuadas, su poder es descomunal –aclaró su interlocutor–. Y tengo entendido que no quedan muchos, de modo que te sugiero que no falles.

Korbian sonrió.

–Y apuesto a que tus manos son las adecuadas –respondió con sorna.

El encapuchado guardó silencio.

–Yo solo cazo bestias –apuntó Korbian–. No gigantes. Ni enanos. Ni brujas. Ni...

–Del éxito o el fracaso en tu cometido –lo interrumpió la oscura sombra, sujetándolo del cuello– dependerán sus vidas.

–Las vidas de... –balbuceó.

–Confío en que la de ella te sirva de advertencia. Él depende de ti. Su cuenta atrás ya ha empezado. Las lágrimas de un titán o la sangre del

muchacho. Y no hablo de una herida.

–¿Quién demonios eres? –exigió saber Korbian, iracundo.

–Soy aquel que de la muerte se surte –murmuró el extraño, soltándolo y manteniéndose a la misma distancia. Su aliento gélido le golpeó en la cara como una ráfaga de viento seco y cortante.

Korbian trató de distinguir sus facciones bajo la capucha oscura que las ocultaba, pero entre la negrura de la misma solo había más negrura.

–Nigromante... –murmuró, tratando de reprimir el temblor en su voz.

–Diez días. Es el plazo que te concedo.

Los dedos que lo apresaban se aflojaron y las sombras se fundieron en la noche, dejándolo solo y vencido ante sí mismo y el eco de unos nombres que martilleaban en su cabeza como fantasmas. Tambaleándose aún por causa del extraño efecto que el nigromante había causado en él y por el propio licor que invadía su cuerpo, se puso en pie y corrió hasta su caballo.

El alba despuntaba ya en el horizonte cuando Korbian llegó hasta las recónditas tierras de Trissa. Sabía que cada minuto que pasaba era oro, un oro mucho más valioso que cualquiera de las monedas que había contado en sus bolsillos, pero necesitaba cerciorarse de que ellos estaban bien y de que las palabras del nigromante habían sido solo una etérea amenaza. No dudaba de que aquel extraño pudiera cumplirlas si él no lograba lo que le había encomendado, pero confiaba en poder conseguirlo sin que las consecuencias hubieran empezado a desencadenarse.

Una nostalgia nueva y extraña le oprimió el corazón al divisar la casita desde lejos. Su chimenea desprendía una suave nube de un humo blanco que se alzaba hacia el cielo, danzante y etérea. Tomó aire y bajó del caballo, ignorante del recibimiento que podía esperarle. La última vez que los había visto, él no era más que un mocoso de tres años y en ella quedaba muy poco de aquella joven enamorada. La decepción que había leído en sus ojos, sin embargo, le había dolido más que si hubiera visto reflejado el más nítido odio en ellos. De aquello habían transcurrido ya trece años y aunque alguna que otra vez se las había ingeniado para hacerles llegar algunas monedas de oro, Korbian era consciente de que

siempre había dejado mucho que desear, como padre y como hombre.

Tragó saliva al hallarse frente a la puerta y golpeó sin permitirse más vacilaciones. Pero lejos de abrirse, la hoja cedió y el nudo que lo había acompañado en el estómago ascendió hasta su garganta, apretándose más. Al ver que nadie aparecía, se atrevió a empujar ligeramente y se asomó hasta el interior de la casita. Todo estaba limpio y ordenado. El escaso y viejo mobiliario que la vestía era tal y como lo recordaba, y por un momento deseó regresar a un tiempo en el que todo era más sencillo.

El silencio imperante le puso los pelos de punta y avivó en él un inusitado temor. Caminó despacio, dubitativo. Por momentos, ni siquiera sabía si lo que le asustaba era la posibilidad de que Isabella no apareciese o el hecho de que lo hiciera, reclamándole y mirándolo de nuevo de aquella forma que siempre llevaría clavada en su alma. Sin embargo, algo espantó sus temores de manera inesperada. Anduvo con más de determinación hasta la pared del fondo, donde se anclaban extrañas criaturas embalsamadas; criaturas que, pese a su exotismo, no le resultaban desconocidas: trolls, trasgos, duendes salvajes y hasta un licántropo joven; de no más de dos años. Todo el mundo sabía lo que costaba dar caza a aquellos seres mágicos, cuya fuerza o poder resultaban suficientes para acabar con varios hombres. Un lustroso arco se apoyaba sobre la pared en un rincón algo más apartado. Se aproximó, incapaz de reprimir una sonrisa y lo acarició, agachándose frente a él; maravillado, casi, a pesar de su sencillez.

La hoja de la puerta estampándose contra la pared le hizo erguirse como un resorte. Se volvió y pese a lo mucho que había cambiado, lo reconoció al instante.

–Dryan... –murmuró.

El recién llegado se mantuvo inmóvil, observándolo. Su cabello oscuro se revolvía en multitud de ondas, mientras que sus ojos claros llevaban grabados el fuego que un día había brillado en los del propio Korbian.

–¿Quién eres y qué haces aquí? –exigió saber el muchacho.

Tragó saliva y por un momento valoró la opción de mentir, de hacerse pasar por un ladrón y salir huyendo de allí, pues al fin y al cabo, ya había comprobado que el joven estaba bien y, por tanto, debía apresurarse para cumplir con la misión que el nigromante le había encomendado, en pos de salvaguardar su vida. Pero aquel oscuro ser también le había anunciado algo más, un hecho que, del mismo modo, necesitaba constatar.

–¿Dónde está... dónde está Isabella? –preguntó, con apenas un hilo de

voz.

El muchacho entrecerró los ojos y se acercó un par de pasos. Frunció los labios y apretó los puños en un gesto de rabia contenida. Lo había reconocido; o mejor dicho, había deducido quién era, pues ni siquiera lo había visto las suficientes veces como para poder conferirle la identidad que le correspondía. De pronto, Dryan relajó el gesto y se despojó de la aljaba y el arco que llevaba colgados a la espalda; un arco mucho más pequeño que aquel en el que Korbian había estado recreándose.

–¿Para qué quieres saberlo? –espetó con dureza.

Él se mantuvo en silencio, sin saber qué razón otorgarle a aquella pregunta.

–Pues...

–Mi madre murió el invierno pasado –le interrumpió el muchacho–. ¿Quieres algo más?

Korbian se llevó las manos a la frente y trató de no hacer evidente su angustia.

–¿Cómo ocurrió? –se atrevió a preguntar.

–Enfermó. Hambre, penurias, frío... ¿Quieres algo más? –repitió.

–Quiero verla.

Dryan sonrió.

–Acabo de decirte que está muerta.

–Su tumba.

–Su tumba está en el camposanto.

Korbian observó al muchacho con el ceño fruncido. Había deducido que reconocía su identidad, pero el hecho de que respondiera sin reparos a todas y cada una de sus preguntas le había hecho dudar. Su voz estaba teñida de indiferencia y sus respuestas eran secas y tajantes, pero no percibía odio en ellas.

–¿Sabes quién...?

Dryan alzó la cabeza y lo miró, relegando durante unos segundos sus

quehaceres.

–Eres el hombre que dejó embarazada a mi madre de mí. ¿Me equivoco?

Korbian no respondió y cruzó el pequeño salón en apenas tres zancadas.

No le había costado demasiado encontrar su tumba. El camposanto era pequeño y la lápida de Isabella, una de las mejor cuidadas. La roca pulida mostraba su nombre, junto a una breve inscripción: De tu hijo, Dryan, que siempre te amaré. «Amar en vida; honrar en muerte».

Korbian acarició la suave piedra y cerró los ojos, vencido.

–¿Sabes? –empezó a decir–, aunque no lo creas, siempre supe que eras una mujer especial, diferente. Y por esa razón, a pesar de saber que deberías profesarme el más nítido odio, lo cierto es que no tengo ni la menor idea de qué me dirías al verme aquí, de rodillas ante tu tumba. Pero supongo que eso ya no importa. Nunca fui lo que merecías; eso está claro. Solo espero que mi castigo eterno sea suficiente para ti: nunca podré pedirte perdón. Por mi egoísmo, por mi incompreensión, por mi cobardía, por mi abandono... Lo único que puedo hacer ahora, aunque tarde, es jurarte que no permitiré que al muchacho le pase nada. Encontraré un titán aunque deba viajar hasta las entrañas de esta tierra maldita que hoy te devora, y le arrancaré el corazón, si es necesario, para verlo llorar. A Dryan no le sucederá nada. Te lo juro, Isabella. Te lo juro sobre tu propia tumba. Y apelo a tu compasión, a esa bondad que destilabas... para pedirte que me ayudes; no por mí, sino por él. Descansa –añadió, mientras sus manos aferraban montones de tierra húmeda–. Toma la paz que yo no supe darte.

Capítulo 2

2. Scátena

Ni siquiera le hizo falta entrar de nuevo en la casa cuando regresó en busca del muchacho, pues Dryan cortaba leña fuera de ella. Él ni siquiera se inmutó al verlo de vuelta y dado que Korbian no se había considerado nunca poseedor del tacto y la mesura necesarias para decir las cosas, simplemente las dijo:

–Estás en peligro.

Dryan se detuvo y lo miró, mientras se enjugaba el sudor de la frente con el antebrazo.

–Sé cuidarme.

–Estoy hablando en serio.

–Yo también.

–Tengo un encargo y si no cumplo con él, tú... morirás.

–¿Eso te preocupa?

Korbian suspiró.

–Hijo, no...

–Dryan –lo interrumpió él–. Me llamo Dryan.

Ignorando la presencia de Korbian, volvió a descargar su hacha sobre el grueso tronco que troceaba, guiado por una ira que, ahora sí, se hacía fácilmente perceptible.

–He visto que cazas –añadió el hombre, tras un largo silencio.

–Oye, ¿qué es lo que quieres? –escupió Dryan, al tiempo que lanzaba el hacha al suelo con desdén.

–Debo cazar a un titán para salvar tu vida. Es tu sangre o... No es ningún juego y aunque puedas pensar que no me importas... Mira, no voy a convencerte de nada a estas alturas. Pero a mi manera y en la distancia siempre... de algún modo quise estar ahí. Te tuve presente. Y a ella,

también.

–Si estoy en peligro, despreocúpate. Yo sé cuidarme solo. Siempre lo he hecho.

–Acabo de jurarle a tu madre que no permitiré que nada te ocurra.

–Es un poco tarde para juramentos.

–Honrar en muerte –musitó Korbian, ligeramente avergonzado al estar haciendo uso de las palabras del propio Dryan–. Eso quiero hacer.

–Amar en vida –concluyó el chiquillo.

–Lo hice, aunque no lo creas... Tenemos una conversación pendiente, muchacho. Si algún día... si algún día quieres, estoy dispuesto a darte respuestas. No harán que me perdones, eso no lo merezco. Tampoco harán que me entiendas; ni yo mismo lo hago. Solo quiero que... puedas ser capaz de sacar todo cuanto llevas dentro. Es lo mínimo que mereces.

–¿Hacia ti? Lo siento, pero no hay nada. ¿Por qué un titán? –volvió a preguntar, mientras recuperaba el hacha.

–No lo sé. Así me lo exige un nigromante.

–¿Y por qué mi vida? ¿No sabe un poderoso nigromante que nunca has formado parte de ella? ¿Que esta es la segunda vez en dieciséis años que me ves? Cielos, parece irrisorio, ¿no crees? Mi vida en tus manos...

–A estas alturas ya no cuestiono los porqués, Dryan.

El muchacho se detuvo de nuevo y lo miró. Después asintió.

–De acuerdo. Despreocúpate. Yo mismo cazaré al titán. Tú puedes volver tus quehaceres. Al fin y al cabo es mi vida.

–No voy a dejarte solo en esto, ya te lo he dicho. Me siento responsable. Soy responsable.

Dryan sonrió.

–¿En serio? –exclamó, alzando una ceja–. De acuerdo –sentenció, al no recibir respuesta alguna de Korbian–. Cazaremos juntos al titán, papá. ¿Puedo llamarte papá?

El seco impacto del hacha clavándose sobre el tronco que cortaba acompañó la palabra y el muchacho desapareció hasta perderse en el

interior de la casa.

Cuando Dryan volvió a aparecer por la puerta, el sol del mediodía golpeaba desde lo alto del cielo. Korbian se puso en pie, sujetando las riendas de su corcel y observó al chiquillo con una bolsa a las espaldas, los dos arcos y la aljaba. Caminaba con determinación y ni siquiera lo miró al pasar por su lado. Haciendo gala de una novedosa timidez, el hombre lo siguió.

–¿Adónde hay que ir? –preguntó Dryan–. Es decir, siempre había oído decir que los titanes habitan en las cumbres, pero algunos escritos lo desmienten y no...

–¿Sabes leer? –lo interrumpió Korbian.

El muchacho se detuvo y lo miró.

–Mi madre me enseñó a leer prácticamente antes que a hablar, que a andar. Que a todo. Solo tenía dos libros pero... bueno, da igual.

–Los titanes viven en las cumbres, ciertamente –respondió Korbian, tras un largo silencio–. Pero solo en las gélidas montañas de Scátena. Son criaturas de gruesa piel, enormemente resistentes al frío.

–Enormemente resistentes al frío y enormes. ¿Cómo vamos a cargar con él?

–Sólo necesitamos sus lágrimas.

Dryan sonrió, mientras retomaba el paso.

–¿Y cómo vas a hacerlo llorar?

–Los titanes solo lloran cuando mueren.

El joven se detuvo de nuevo y le dedicó una larga mirada. Después, sus ojos se alzaron por encima de su hombro y Korbian supo que observaba la casa en la que siempre había vivido, junto a su madre, despidiéndose de algún modo. Suspiró y dio media vuelta, sin darle rienda suelta a una nostalgia que amenazaba con sumarse al peso de todo cuanto cargaba.

–¿Y tu caballo?

–No tengo. Pero sí tengo un buen par de piernas, juventud y la voluntad de seguir vivo. No necesito nada más.

Habían avanzado sin descanso hasta que el sol empezaba a declinar. Korbian había conseguido un caballo para Dryan, que este había aceptado solo al enterarse de que el tiempo corría en su contra en una dramática cuenta atrás. Recorrer distancias invirtiendo poco tiempo se tornaba en algo fundamental.

La noche llegaba y las montañas de Scátena se alzaban como esos titanes a los que daban cobijo. Dryan masticaba mientras calentaba en la fogata un pedazo de carne de la pieza que él mismo había cazado hacía unas pocas horas. Korbian lo miraba. Al hombre le resultaba imposible comprender la actitud de su hijo: la rabia se les escapaba aferrada en las palabras, pero al mismo tiempo, algo trataba de aplacarla, llegando por momentos a conseguirlo.

Los ojos grises del muchacho se encontraron con los de su padre.

–¿Qué? –preguntó.

–¿Por qué has aceptado que hagamos este viaje juntos?

–Me juego el pellejo, tú dirás.

Korbian continuó mirándolo y Dryan volvió a hablar:

–Antes te dije que lo primero que mi madre me enseñó a hacer fue leer. Pues bien, hay algo que me enseñó antes: a sobrevivir. Aferrándote a lo que sea, recurriendo a lo que haga falta. La vida es nuestro más preciado don, solía decir; un saquito de oportunidades para ser feliz.

–Deberías explotar.

–Gracias... Siempre supe de tu inmenso amor por mí –añadió con ironía.

–Ya sabes a lo que me refiero. Soy tu padre y nunca he estado ahí. Tu madre murió lejos de mi protección, de mi cuidado. Y tú has tenido que salir solo adelante siendo un crío. Por primera vez ese saquito de oportunidades te concede la de gritarme a la cara lo que sientes.

–Deberíamos seguir –concluyó el joven, mientras se ponía en pie y la propinaba una patada a la tierra, apagando el fuego y ensuciando la pieza de carne que Korbian comía.

Cargó de nuevo sus cosas sobre el caballo y montó. Las tres lunas mostraban aquella noche su esfera completa, derramando un chorro de luz argentada sobre aquellas vastas tierras. La visibilidad era

prácticamente perfecta y esa circunstancia, tan poco usual, debía aprovecharse.

El ascenso se tornaba más fatigoso a medida que avanzaban. El viento arreciaba más cerca de la cumbre y la lluvia descargaba sobre sus cabezas de forma pesada, calándolos hasta los huesos. Las lunas habían cedido en pos del espeso manto de nubes, dejando tras de sí una noche honda e inquietante.

Durante el tercer día de ascenso, las fuertes nevadas empezaron a cubrir la loma de la montaña y el viento se tornó cortante y seco. Ni siquiera el abrigo los protegía de aquella desagradable sensación que les congelaba el alma.

–Deberíamos prescindir de los caballos –sugirió Korbian–. No aguantarán este frío, que arreciará a medida que ascendamos.

–¿Has estado alguna vez allí? –preguntó Dryan.

–Nunca buscando titanes, pero he llegado hasta las cumbres de Scátana un par de veces.

El muchacho desmontó su corcel, imitando a Korbian y tras azuzarlos para que abandonase el lugar, los vieron perderse camino a través. Después, Dryan se ajustó la capa y avanzó penosamente tras los pasos de su padre.

Apenas unas pocas horas más tarde, cerca ya de su destino, según había explicado Korbian, se detuvieron para reponer fuerzas y descansar. La nieve había dado una tregua, pero la densa capa de nubarrones permanecía, amenazante, sobre sus cabezas. Tratando de sobreponerse al incómodo silencio que se alzaba entre los dos en momentos como aquel, Dryan extrajo su arco y comprobó la tensión de la cuerda.

–Está demasiado tirante –observó Korbian.

El muchacho lo miró de soslayo e ignoró el comentario.

–¿Me dejas? –insistió el hombre.

El frío ni siquiera le permitía a Dryan hablar, de modo que se cruzó de brazos y se encogió un poco más cuando Korbian le sujetó el arco y trató

de restarle tensión a su cuerda.

–¿Lo has fabricado tú? –preguntó.

–Sí.

–Está muy bien hecho. ¿Cuándo... cuándo empezaste a cazar?

–Siempre he cazado Había que comer.

–No me refiero eso. Y creo que lo sabes.

–La primera vez –respondió Dryan, tras un largo silencio– fue por pura casualidad. Topé con un trasgo. No creí poder cazarlo, pero... apunté y... cayó. Había estado destrozando las cosechas. Y detrás de él vinieron otras tantas criaturas más.

–No es nada fácil cazar seres mágicos.

–Tampoco es tan difícil.

–No para quien tiene un don.

–Un don... –murmuró Dryan, incapaz de darle crédito a las palabras de Korbian–. Si quieres llamarlo así...

Un fortísimo estruendo, acompañado de un fuerte temblor de tierra, interrumpió aquella inesperada conversación. Dryan alzó la cabeza, tratando de dar con aquello que pudiera estar originándolo. El muchacho se puso en pie y oteó el horizonte, mientras Korbian permanecía sentado, tan inquieto como él mismo.

–¿Qué es eso? –preguntó el joven–. ¿Titanes?

–No puede ser... Estamos lejos de la cumbre. Es decir, quedan un par de días de...

El temblor se repitió y también la sacudida de tierra. A pesar de lo poco probable de que aquello pudiera ser causado por un titán, Korbian se puso en pie y echó un puñado de nieve sobre el fuego, extinguendo la viva lumbre que habían prendido. Después, le devolvió el arco a Dryan y desenvainó automáticamente su espada. Corrió, hundiendo sus pasos entre la nieve, mientras el joven lo seguía.

–¡Quédate atrás! –le exigió al muchacho.

Pero él hizo caso omiso y, tras un arduo ascenso a través de la dura nieve, no tardaron en tenerlo frente a sí: una enorme criatura de piel

azulada los miraba, iracundo, al tiempo que enarbolaba una amenazante hacha. Vestía con recios ropajes y mostraba un rostro enjuto, de severas facciones. Era una mole de hielo, o al menos eso le pareció a Dryan, que no había visto jamás a un titán. El pecho del gigante subía y bajaba precipitadamente, evidenciando un cansancio que no le impedía plantar cara. Una barba recia y abundante circundaba sus labios apretados, y su cabello, de un blanco cegador, se sujetaba hacia atrás en multitud de pequeñas trenzas. Sus ojos expresaban una dureza mezclada con algo más que en aquel momento Dryan no supo identificar. Solo Korbian se interponía entre el titán y él mismo, pero ambos recularon cuando la imponente criatura dio un paso al frente, haciéndolo retumbar todo a su alrededor. Korbian apenas le llegaba a la rodilla, pero no lo dudó a la hora de abalanzarse sobre él, espada en mano y profiriendo un grito que se perdió más allá de las cumbres de Scátena. Por un momento, Dryan vio a su padre luchar con la bestia, que descargó su hacha cortando el viento para abrir una zanja en la nieve que a punto estuvo de engullir a Korbian. A pesar de verle en peligro, nada le exigía acudir en su ayuda. No obstante, en apenas unos segundos después, se sorprendía a sí mismo blandiendo su arco y descargando una ráfaga interminable de flechas, que no parecían minar el ánimo del titán. Korbian zigzagueaba entre sus piernas mientras le ocasionaba cortes y heridas de escasa consideración. Pero si no lograban alcanzar algún punto vital de la criatura, no conseguirían derrotarla, aunque aquello no se presumía sencillo.

Korbian consiguió clavarle la espada en el muslo y aquello le arrancó un quejido al titán, que se revolvió furioso. Sus brazos volaban de un lado otro y uno de ellos impactó con la figura de Korbian, que salió proyectado y cayó unos pocos metros más allá. El gigante corrió, buscando a Dryan y aunque este lo vio venir y trató de defenderse, a duras penas fue capaz de apartarse para evitar la dureza de un golpe frontal con el hacha. El gigante cayó sobre la nieve, que se teñía de escarlata, y extendió el brazo, tratando de sujetar a Dryan. Llegó a arañar su piel, pero él pudo incorporarse sin que le agarrara.

–¡Sal de ahí! –gritó Korbian.

Dryan desenvainó entonces su espada y se lanzó en una carrera hacia el titán, sesgándole el rostro y logrando hundirle su acero en el ojo.

–¡Llora, malnacido! –gritaba.

El gigante lo apartó de un manotazo que le hizo salir despedido y chocar contra unas rocas. La mole gritó y se puso en pie de nuevo. La furia en su rostro casi fue un latigazo que se sumaba a las estocadas que asestaba con el hacha y con sus propios brazos. Sin conceder la menor tregua, se encaminó hacia Dryan.

–Sal de ahí –repitió Korbian–. Maldito seas.

El titán descargó su puño sobre la nieve y Dryan apenas fue capaz de moverse para evitar el impacto, aturdido como seguía tras el golpe del gigante. Korbian apareció a tiempo de apartarlo y arrastrarlo para ponerlo al cobijo de un enorme árbol mientras él se enfrentaba al titán.

–¡Lárgate! –le gritó a su hijo.

Dryan permanecía sentado sobre la nieve, con una herida en la frente, conmocionado, con los ojos abiertos como platos en una expresión impertérrita, mezcla de asombro y temor. Korbian se lamentó al ver su espada algunos metros más allá, lejos de su alcance. Sin embargo, el titán se puso en pie y tras dedicarles una dura mirada, regresó sobre sus pasos, renqueante y cubierto de una sangre que se transformaba en un indiscreto rastro sobre la nieve.

Korbian se volvió y observó a su hijo, casi inconsciente. Dudó durante unos segundos, pero acabó acercándose a él y agachándose a su lado, mientras interiormente daba gracias a esos dioses en los que ni siquiera creía.

–Dryan –murmuró, mientras le sujetaba de la cara–. No puedes dormirte ahora, ¿me oyes? El golpe ha sido muy fuerte. Tienes que mantenerte despierto.

Dryan lo miró, mientras las lágrimas le aclaraban los ojos. Korbian observó el duro impacto en la frente y la sangre que de él manaba, recorriéndole la mejilla al muchacho.

–Cazar un titán no es como hacerlo con un trasgo, muchacho –añadió Korbian, mientras se arrancaba un jirón de la capa–. Ya lo has visto. Y si aceptas un consejo, las temeridades solo suman tumbas al camposanto.

–Consejos... –balbuceó Dryan–. Tú no eres...

–No soy nadie para darte consejos sobre muchas cosas, cierto, pero en materia de caza, deja a un lado tu pésimo sentido común y atiéndeme.

Dryan trató de incorporarse, pero la cabeza le pesaba tanto que solo fue capaz de derrumbar su frente sobre el pecho de su padre, sorprendido por aquel sencillo gesto que ni siquiera podía considerarse voluntario. Le acarició la nuca, contenido, y estrujó su cabello oscuro entre sus dedos.

–Dryan... –murmuró, con los labios entre su pelo–, no te duermas, hijo.

El muchacho alzó de nuevo la cabeza, dolorido y le dedicó una larga

mirada.

–Buscaremos un sitio para descansar esta noche –sugirió Korbian.

–Me duele mucho –murmuró.

–Te has dado un golpe fuerte pero...

–Siento la cabeza hinchada, como si fuera a explotarme. Estoy mareado y no...

–Dryan...

El muchacho arrancó a llorar y Korbian lo abrazó con fuerza.

–No va a pasar nada, hijo. Solo es un golpe.

–Lasus murió así –observó Dryan, mientras se apartaba entre sollozos–. Un golpe en la cabeza, sangre, hinchazón, dolor...

–¿Quién es Lasus?

–Un muchacho de la aldea –respondió Dryan de forma pesada.

–Me importa una mierda qué le ocurriera al tal Lasus. A ti no va a pasarte nada. ¿Me oyes?

El muchacho sonrió, a pesar de que las lágrimas seguían surcándole trazos sobre las mejillas, arrastrando la sangre con ellas.

–¿Por qué actúas como si te importase?

–¡Porque me importa, maldita sea! –gritó Korbian, incorporándose.

Caminó unos pocos pasos, alejándose del muchacho, que se mantenía sentado sobre la nieve y después se acercó de nuevo, tratando de ponerle un poco de frialdad a la situación.

–Buscaremos un lugar para descansar –murmuró con la voz temblorosa–. Y mañana acabaremos lo que hemos empezado. El titán está herido y ha dejado un rastro evidente. No nos será difícil.

Dryan no repuso nada, pues se sentía demasiado mareado y débil, abrumado incluso por la actitud de aquel desconocido al que la naturaleza, la vida o el destino le habían concedido el rol de padre, el suyo; un rol con el que nunca había cumplido y por el que sin embargo ahora lo veía sufrir.

Capítulo 3

3. El valle de Northang

Cuando despertó sintió como si un millón de centauros le hubiera pasado por encima. La cabeza le dolía horrores y percibía su rostro acartonado como consecuencia de las lágrimas que debía de haber derramado aun en estado de inconsciencia. Se incorporó ligeramente y observó a Korbian tumbado a su lado, con un paño ensangrentando aferrado en su puño. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero fuese el que fuera, había sido demasiado. Oteó la gruta en la que debían de haberse resguardado del frío, una cueva angosta y poco profunda en la que el viento silbaba de forma insistente.

Dyran se incorporó, algo más tranquilo, convencido ya de que no iba a morir como le había sucedido al pobre Lasus, inconsciente que había trepado hasta lo alto del molino, precipitándose desde él sólo para demostrar un temerario valor que había terminado por llevarlo a la tumba.

Cargó con el arco de caza y la espada. Antes de abandonar aquella recóndita gruta a la que Korbian le había llevado, tomó también la de este y se encaminó, entonces sí, hacia fuera.

El sol declinaba ya en la lontananza cuando retomó la marcha. Una congoja batallaba contra él mismo en su corazón, advirtiéndole sobre la dureza del titán, su fuerza y lo complejo de vencerle en un duelo, pero no esperaba a Korbian, con quien no quería estrechar ningún tipo de relación. Recordar cada contacto físico con él le escocía, cada gesto de preocupación. Quizás hubiera podido aceptarlo en un pasado, antes de que fuese tarde para su madre, mas no cuando la había visto morir en aquellas lastimosas circunstancias, incapaz la mujer de maldecir al hombre que la había abandonado con un hijo, y ni siquiera capaz de inculcarle un odio hacia él que Dryan ansiaba sentir.

Era su vida la que estaba en peligro por culpa de aquel extraño; sus jugarretas y tratos con criaturas que su madre siempre había calificado de oscuras y siniestras, las que lo tenían contra las cuerdas. Y sería él mismo quien salvaguardase su propia vida.

El frío serenaba sus pensamientos y también aplacaba el dolor de su cabeza. La sangre seca se le había apelmazado en la herida en un continuo recordatorio de lo vivido; un recuerdo que generaba una batalla en su interior: por un lado, la determinación de acabar cuanto antes con el titán y poner a salvo su vida; regresar a aquella sencilla existencia en el

campo, lejos de asuntos que a él se le antojaban grandes. Por otro, el temor inusitado a enfrentar de nuevo al titán y ver rubricado un final muy distinto al anterior.

A pesar de su vacilación, sus piernas continuaron con paso firme y acompasado hasta que al fin, tras un largo avance, llegó hasta un inesperado lugar: multitud de tumbas se extendían a lo largo y ancho del valle, abriéndose paso entre la nieve; algunas, más cuidadas. Otras, viejas y desgastadas. Un estandarte ondeaba en lo que debía de ser el centro de aquel llamativo panteón.

Se acercó, con el corazón encogido y la mano en la empuñadura de la espada. El viento soplaba allí gélido y con mayor fuerza, sacudiendo con furia las ondas oscuras de su cabello. Dryan se ajustó la capa y trató, inútilmente, de infundirse algo de calor en sus manos. Logró atisbar algunos nombres escritos sobre las rocas de aquellas tumbas, escuetas, sencillas y a la vez, solemnes.

Una fuerte respiración tras de él tensó todo su cuerpo y le hizo tragar saliva. Volteó ligeramente la cabeza y aun de reojo, fue capaz de distinguir la enorme silueta del titán. ¿Cómo era posible que hubiera llegado hasta allí sin que él se diera cuenta? –se preguntó–. Observó la empuñadura de su acero y se volvió lentamente, como si temiera que el gigante pudiera interpretar algún movimiento como un inesperado ataque y se lanzase a por él. Sin embargo, había llegado hasta allí para eso, para luchar. Aun así, tener de nuevo allí a aquella mole derrumbó toda su determinación y por un momento se sintió como un niño pequeño ante las consecuencias de unos actos antes advertidos por sus mayores. Percibió un escalofrío al reparar en el ojo que él mismo le había vaciado. La furia del titán se concentraba en el otro, pero su voz relajó la tensión en los músculos de Dryan.

–Vete –se limitó a decir–. Aléjate de aquí y no vuelvas.

La tierra tembló cuando el gigante dio un paso al frente e, instintivamente, el muchacho se apartó. Renqueante, el titán se posicionó de espaldas a aquel panteón y se encaró de nuevo con Dryan.

–Alejaos de aquí –exigió.

–¿Qué es esto? –preguntó el joven, confuso ante aquella visión.

–Marchaos –insistió el titán.

–¿Por qué? –quiso saber Dryan–. ¿Por qué no intentas acabar conmigo como hiciste antes?

El titán alzó la mirada y después volvió a centrar en él su atención.

–Porque tú no eres la amenaza –respondió al fin.

–¿Eso crees? –espetó Dryan, molesto.

–Márchate y llévatelo contigo. Lejos. No volváis.

–¿O qué?

–O acabaré con vosotros. No pondréis un pie aquí.

Dryan sonrió, aunque nada en él encontraba una razón para hacerlo. Más bien trataba de demostrar una serenidad que no sentía. Su incredulidad fue en aumento cuando el gigante se dio la vuelta y se sentó frente al valle con aire nostálgico. Su mano se apoyaba sobre el hacha que, a su vez descansaba sobre la nieve que cubría el lugar. De pronto, lo que a Dryan le había parecido dureza en la expresión del titán se tornó en melancolía; la furia, en rabia contenida. El odio, en tristeza. El muchacho dejó de observarlo y paseó sus ojos a través del sombrío valle. Siempre había oído que quedaban pocos titanes; que solo existía uno, incluso. Y aquella visión generó en él un sentimiento contradictorio que se le hizo difícil de entender.

–¿Están todos muertos? –se atrevió a preguntar–. Quiero decir, ¿no hay ninguno, además de ti?

El titán giró el cuello y le dedicó una larga mirada antes de negar.

–No queda nadie más –murmuró.

–Y tú... ¿proteges este sitio?

–Protejo su memoria –respondió sin mirarlo–. Un legado.

–Están muertos –repitió Dryan–. ¿Qué te importa lo que pase con este lugar? ¿Te arriesgas por unas cuantas lápidas?

El titán sonrió sin poder desprenderse de la tristeza inherente a su expresión.

–No entiendes nada. Ningún humano lo hace.

–No todos somos iguales.

–Tal vez no todos, pero tú sí, así que lárgate. Y llévatelo lejos.

–Yo sí.... Pues no estoy tratando de matarte, ¿no? Que a juzgar por esto.... es para lo único para lo que han venido hasta aquí los hombres, para mataros.

–Tú no podrías ni soñarlo. Pero estás aquí buscando algo, como todos.

Dryan guardó un largo silencio y sopesó las palabras del titán. Tenía razón. Pero había un buen motivo para ello, pensó para sí.

–No ansío nada de lo que pueda ofrecirme este lugar –respondió al fin–. Ni tampoco su gente. Pero alguien exige una lágrima tuya a cambio de mi sangre, a cambio de mi vida.

–Tu vida... –murmuró el titán, con los ojos clavados enfrente–. No es cualquier cosa.

–No, no lo es.

–¿Y lucharías aun sabiendo que vas a perder?

–Confío en vencer. Máxime, apoyándome en tu forma de subestimarme.

El titán volvió a mirarlo y sonrió cuando Dryan desenvainó su espada.

–No creas... –respondió–. No subestimo en absoluto tu valor ni tu determinación. Tampoco he visto cabeza más dura que la tuya.

–Casi me la rompes, por cierto. Pero sigo aquí.

–Ya veo... Menos que antes, pero también sigo aquí.

Dryan guardó silencio y una parte de sí mismo sintió vergüenza al reparar en el maltrecho ojo del titán; otra herida más de un humano sediento de algo.

Caminando despacio, se acercó más al gigante, que ni siquiera se inmutó.

–¿Cómo te llamas? –quiso saber.

–Conocer el nombre de un enemigo es contraproducente para tus intereses. No crees el menor lazo entre él y tú; entre tú y yo. Has venido a matarme, ¿no?

–Bueno, yo...

–Me llamo Northang –respondió, tras un largo silencio–. El último titán.

–Yo soy Dryan... –murmuró–. Un humano más.

–El hijo del cazador. Tal vez no seas uno más, aunque te traiga aquí lo mismo que al resto. Lágrimas de titán.

–Ya te he dicho que...

–Lo entiendo –lo interrumpió Northang–. Está en juego tu vida; yo también lucharía; también habría llegado hasta aquí.

Dryan suspiró y dejó caer la espada sobre la nieve, sin que eso supusiera la menor reacción por parte del titán. Después, hizo lo propio con la de Korbian; también con su arco y la aljaba.

–Te lo he advertido –murmuró el gigante–. Mantener trato con alguien a quien has de matar no es la mejor forma de hacerlo.

Dryan se agachó y permaneció de rodillas sobre la fría nieve, observando las sepulturas que asomaban a través de ella, salpicando el valle y dotándolo de un toque de silenciosa magnificencia.

–Ayudaría que me hubieras atacado en vez de ponerte a parlotear.

–No lucho contra criaturas tan inferiores.

Dryan rio.

–Magnífico –respondió con ironía.

–Entiéndeme, muchacho. Tienes arrojo y valentía, pero te falta mucha experiencia. Eres temerario, incauto y... conozco bien cómo terminan aquellos que son como tú.

–¿A todos los han matado humanos? –preguntó Dryan.

–No solo humanos. Nuestras lágrimas son un elemento muy apreciado en la hechicería. Brujas, nigromantes, trasgos... Todo tipo de seres mágicos y no mágicos han llegado durante años al valle de los titanes para enfrentarnos.

–¿Hasta el punto de acabar con vosotros?

–No –respondió Thorang, orgulloso–. No han acabado con nosotros.

Dryan sonrió.

–Quedas tú.

–Y nuestro legado. Aunque yo no esté... No desapareceremos sin haber dejado huella en este mundo, convertidos solo en objeto de deseo de magos y hechiceros. Dejamos tras de nosotros una historia que ha de contarse, conocerse y honrarse. Y mientras yo viva, nadie pondrá un pie en la tierra que da descanso a los míos. Enfrentaré a tu padre –zanjó tras un largo silencio–. Pero no aquí. No arriesgando este lugar.

Dryan reparó entonces en una sepultura que destacaba por encima de las otras; no era la más grande ni la mejor conservada, pero sobre la blanca superficie que envolvía la roca, un manojo de flores soportaba estoicamente el viento, sin ser arrastradas de allí. Junto a la sepultura, un hacha clavada en el suelo.

–¿De quién es esa tumba? –preguntó el muchacho, señalándola con el dedo.

–De mi hijo.

La respuesta generó un vuelco en el estómago de Dryan. Su padre ni siquiera había estado en los momentos más esenciales de su vida y aquel titán, aquel ser de una raza de la que todos contaban auténticas barbaridades, pasaba las horas sentado frente al descanso de su hijo muerto, salvaguardándolo, cuidándolo, recordándolo y honrándolo.

–Lo siento –musitó Dryan.

–Debía de tener tu misma edad cuando lo mataron. Era un gran guerrero y un diestro luchador, pero era joven y temerario. Como tú. Por eso sé de lo que hablo.

–¡Dryan!

La voz de Korbian lo hizo ponerse en pie, como un resorte. El titán lo imitó, alarmado.

–Supongo que era iluso pensar que habías venido solo y con la única intención de charlar –dijo–. Os advertí que os fueseis. Ateneos a las consecuencias.

–¡Apártate de ahí! –gritó el hombre, empuñando su arco–. ¡Apártate y trae mi espada!

Pero lejos de obedecer, Dryan se interpuso entre los dos.

–No le harás daño.

–¿Qué? –exclamó Korbian, incrédulo–. ¿Qué demonios estás diciendo?
¡Ven aquí!

–No. Si quieres matarlo, tendrás que hacerlo antes conmigo.

El muchacho recuperó la espada y la blandió, enfrentándose a su padre. El titán bajó su hacha, aunque su mirada continuó siendo un puñal sobre Korbian.

–Tu vida... El nigromante... –balbuceó el hombre–. ¿Acaso quieres morir?

–Supongo que te resulta difícil concederle valor a algo más que las monedas, o eso decía mi madre... pero hay causas por las que vale la pena sacrificarse. Su muerte no podría ser algo sobre lo que yo sustentase mi vida.

–Entonces apártate porque yo no tengo tantos remilgos...

–¡No lo matarás! –gritó Dryan, furioso–. No te pega el papel de padre heroico, ¿me oyes? Padre es él, arriesgando su existencia sin marcharse de un lugar al que llegan cada día tantos malnacidos como tú para matarlo. Anclado a un sitio donde ya no queda nadie, salvo el descanso de su hijo y el de su gente. Su memoria.

Korbian bajó la espada, desconcertado ante la retahíla que le espetaba el muchacho.

–¿Qué estás diciendo?

–Vela la tumba de su hijo a diario. Está cuando ya nadie lo espera. Tú no has estado ni en la más férrea necesidad. Querías que explotara, ¿no? Pues aquí tienes lo que hay. Da la vuelta y lárgate. Olvídate de mí, como has hecho siempre, como hiciste con mi madre. Y límitate a visitar mi tumba con la indigna sensación de no haber hecho nada por mí jamás. Aunque me salvases de esta, cosa que no voy a permitir, nunca te deberé nada.

–No voy a dejarte morir aquí.

–No lo hagas –zanjó el muchacho, acercándose más a él–. Sus lágrimas o mi sangre. Eso te dijo el nigromante, ¿no? Llévale las dos cosas, porque te aseguro que no me apartaré del medio si empuñas tus armas contra él.

Korbian guardó silencio y observó al gigante largamente. El titán permanecía inmóvil, clavado en su sitio, a pocos metros de Dryan. Nada en él resultaba amenazante en ese momento y a la vez, todo en él lo era.

Korbian suspiró y dejó caer el arco al suelo, mientras daba la vuelta y se alejaba de allí, ante el asombro de Dryan. La duda golpeó al muchacho durante unos segundos, una desesperación aterradora que le mostró su próxima sentencia. Después, la serenidad. Nunca había esperado nada de su padre, de modo que verle partir, aceptando sin luchar su muerte, no debía sorprenderlo. Se volvió y observó al titán.

–Siento lo de tu ojo –murmuró.

–Aceptas morir sin más –apuntó este–, a pesar de creer que solo guardo un montón de tumbas. ¿por qué?

–No guardas solo un montón de tumbas. Guardas un legado, una memoria y el recuerdo de tu hijo. Eres un padre cuidando a su hijo. No tienes ni idea del valor que le concedo a eso.

El titán sonrió con serenidad y saludó a Dryan con una leve reverencia.

Capítulo 4

4. Legado

La noche había caído sobre Engard pero las risotadas de la taberna apenas le llegaban. El oscuro callejón parecía capaz de engullirlas como lo hacía con todo lo demás. Korbian alzó la mirada cuando lo percibió. El frío arreciaba cuando un nigromante se aproximaba y las sombras lo envolvieron potenciado la negra oscuridad.

–¿La has traído? –preguntó la voz grave del encapuchado, que se acercaba sobre unos pasos serenos.

–Pediste las lágrimas de un titán o la sangre de mi hijo.

–Así es. Supongo que la opción era clara para ti, a pesar de que no hayas podido presumir de ser nunca un padre ejemplar. Hay cargas que una conciencia no es capaz de soportar, Korbian.

El hombre sostenía una daga en su mano, algo en lo que el nigromante no había reparado hasta ese momento. La alzó y se provocó un corte en la altura del antebrazo.

–La sangre de mi hijo... es mi sangre. Tómala.

El nigromante rio.

–No me refiero a un corte en el brazo, cazador.

–Toma todo cuanto necesites. Mi vida. Pero su sangre es la mía, de modo que tómalala en mí.

–Qué padre tan sacrificado... No es tan valiosa como la lágrima de un titán. O quizás sí.

El nigromante se acercó, despacio y Korbian sintió que se le helaba la sangre cuando se despojó de la capucha y tuvo ante sí una nada misteriosa y escalofriante. No había rostro ni facciones; no había labios que pudieran articular palabra ni tampoco oídos que pudieran escucharlo. Pero entonces, un suave fulgor empezó a danzar en torno al lugar en el que hubiera debido de estar su cabeza, dando forma a un rostro conocido y en absoluto indiferente.

–Isabella... –murmuró, atemorizado.

No era la misma mujer que había conocido tiempo atrás; su piel estaba demacrada y teñida de un suave tono azulado. Unas ojeras profundas y marcadas le surcaban la parte inferior de unos ojos apagados y carentes de emoción. Korbian reculó un par de pasos hasta que su espalda topó con la fría pared de la taberna, en cuyo interior el jolgorio continuaba, ajenos sus clientes a lo que estaba sucediendo fuera.

–Siempre te dije que tratar con brujas, hechiceros y nigromantes era peligroso –dijo ella. Tampoco era su voz, al menos no en su totalidad. La teñía un timbre más grave y profundo, como si hablase desde algún lugar lejano y perdido–. Pero tú solías decir que entablar relaciones con ellos resultaba muy provechoso. Y al final tenías razón. Por él estoy aquí, un nigromante.

–¿Qué quieres? –preguntó Korbian, conmovido.

Su voz temblorosa fue imposible de disimular.

–Sólo quería asegurarme de que Dryan no fuese a estar solo ahora que yo le falto, de que podía contar con su padre, aunque nunca antes hubiera podido hacerlo. Me congratula comprobar que es así, a pesar de todo. Estás dispuesto a morir por él.

–Lo estoy...

–No será necesario. Como te digo, quería saber que, llegado el momento, podría contar contigo. Dryan es un muchacho orgulloso e inteligente. Cuenta con los recursos necesarios como para no haber de necesitarte, pero si lo hiciera... sé que estarás ahí.

–No tengo la lágrima del titán –confesó Korbian, avergonzado.

–La lágrima del titán está aquí –respondió ella, mostrándole un recipiente de vidrio con un líquido transparente en su interior.

–¿Cómo...?

–Eso no importa.

–Dryan no quería...

–Conozco bien a nuestro hijo. Sé que se compadeció de ese gigante. Pero tú irás a verlo y le dirás que lo mataste, que su vida importaba más que la del titán y que por él conseguiste la lágrima que el nigromante te

solicitaba.

–No puedo hacer eso. Me odiará más aún.

–Entrégale esto.

Isabella le mostró un enorme libro de vieja y desgastada cubierta con un símbolo extraño que Korbian no supo reconocer. Tampoco le importaba.

–¿Qué es? –quiso saber.

–Entrégaselo. Aplacarás su enfado. Vive tu vida lejos de él, pero no lo pierdas nunca la pista. Y sobre todo, acude cuando más lo necesite, aunque no te llame, aunque no te quiera ahí. La vida te concede una nueva oportunidad de ser padre. No la desaproveches, Korbian, porque no habrá otra más.

–Todo esto...

–Todo esto, para devolverte lo que siempre fue tuyo y nunca quisiste. Por él, no por ti. Ahora puedo descansar con la tranquilidad de saber que Dryan no está solo. Gracias, Korbian.

El fulgor que había dado forma al rostro de Isabella hacía tan solo unos pocos minutos, se desfiguró, arrancándole de nuevo las facciones y dejándolo todo en la misma tiniebla que encontrase después de que el nigromante se despojase de su capucha. Sin añadir una palabra más, este se volteó y se fundió con el oscuro entorno.

Cuando Dryan abrió la puerta, su expresión se transformó. Hubiera esperado encontrar allí a cualquier persona, salvo a su padre. Korbian extendió el brazo y le entregó el grueso volumen que Isabella le había dado hacía tan solo un par de noches. De nuevo, no tenía ni la menor idea de cómo decirle al muchacho lo que había ido a comunicarle. Había estado dispuesto a morir por él, pero su hijo acabaría pensando que había regresado a las montañas de Scátana a dar muerte al titán para conseguir una lágrima que salvase su vida.

–¿Qué es esto? –preguntó Dryan con indolencia.

–El legado... de los titanes –respondió él, de forma costosa.

Dryan sostuvo el libro y lo miró, frunciendo el ceño, confuso y desconcertado.

–La forma de que este se conozca y no caiga en el olvido –añadió Korbian– es que alguien lo proclame y lo muestre. Quizás una forma de honrarlos en muerte.

–¿Estás intentando decir.... que lo mataste?

–¿Por qué crees, si no que sigues con vida?

Korbian bajó la mirada y aun sin verlo, sintió el odio que envolvía su figura desde la de su propio hijo.

–No puedo creerlo... –masculló el chiquillo–. Te exigí que...

–Era tu vida o la suya –respondió el hombre, resuelto.

–Eres una basura. Y nunca te perdonaré.

–Aun así –volvió a decir Korbian– cuenta conmigo para lo que...

La puerta se cerró con un fuerte golpe que dio la conversación por finalizada. El cazador se llevó los dedos al puente de la nariz y abandonó el lugar con paso sereno y afligido.

Dryan lo vio alejarse desde los cristales de la pequeña ventana que coronaba el salón. Las lágrimas le abrasaban las mejillas mientras apretaba contra su pecho el libro. Lo observó y acarició con sus dedos temblorosos aquella cubierta desgastada, tan similar a las tumbas que salpicaban el níveo valle de los titanes: viejas, estropeadas, pero solemnes. Apartándose de allí, lo abrió y contuvo la emoción al leer los trazos irregulares de tinta oscura con la que Northang había empezado a narrar su particular historia, la historia de su gente, de su pueblo. La historia de su hijo. Evocar el sereno rostro del titán apretó el nudo de su garganta. Recordar la forma en la que el único ojo que él mismo le había dejado, observaba aquel valle de muerte y silencio, dispuesto a caer por defender su pureza y su memoria, fijó en su mente una firme determinación: regresaría hasta Scátena y daría sepultura a Northang en el mismo lugar del que había cuidado durante largos años, hasta ver agotada su estirpe.

Dryan sonrió. No, su estirpe nunca desaparecería mientras persistiera el legado que él había dejado, una ardua labor en la que él mismo pondría su mayor empeño.